

Clarence Finlayson

Paisaje en Pablo Neruda



NERUDA, uno de los más grandes poetas de nuestra época, posee un sello característico, su chilenidad, los perfiles de la tierra, su psicología, su paisaje. El panorama de Neruda refleja en alto grado y acentuado coloradamente la naturaleza de la tierra de Chile y su tristeza prendida al alma. Neruda es del sur, de esa región cerrada por la lluvia, de esa zona colmada largamente por las aguas vencidas interminables, de ese cielo sin picotazos en el pecho, con su color ceniciento y su flor dormida, con su mordedura resignada hacia la tierra. Los factores y las influencias hacia el espíritu, hacia su producción, son manifiestas a lo largo de su obra. El clima concede subjetivismo, introniza el alma hacia sus capas inferiores, lo retorna a las fuentes vitales, le abre puertas de alcoba a los rincones todos y le deja percibir las voces subliminales de la existencia. El clima nebuloso y lluvioso de las regiones del sur de Chile envuelve la pasión sin destruirla, la acumulan seriamente como una vestidura, y en los momentos de creación espiritual brota ella a reventones, a borbotones, con encendidos bríos de fuego en la mirada. El poeta de esa región de Temuco ha respirado en todas direcciones, bajo la alfombra silente y pegada a la tierra, con sus colores extraños, y su vegetación violeta y verde triste, verde enlutado en su sabor de

muerte, atento a posibles derrumbamientos, a organizaciones de asombro. Y allí ha sentido como una segunda naturaleza la nocturnidad del mundo, la noche temblando en cada brizna de hierba, oída en la voz del viento enronquecido, azotada por la lluvia sin descanso, adherida al cielo de plomo que mata las estrellas.

Neruda en sus más lejanas producciones en orden a la altura, en temas los más universales, conduce siempre su paisaje. Parece que se inspira con su fondo y que no puede elaborar poéticamente sin soñar su panorama del sur.

En «Barcarola» retrata lo externo de su sabor interno, en un subjetivismo de corriente y marea, de gemido y sombra:

Si solamente me tocaras el corazón,
si solamente pusieras tu boca en mi corazón,
tu fina boca, tus dientes,
si pusieras tu lengua como una flecha roja
allí donde mi corazón polvoriento golpea,
si soplaras en mi corazón, cerca del mar, llorando,
sonaría con un ruido obscuro, con sonido de ruedas
de tren con sueño,
como aguas vacilantes,
como el otoño en hojas
como sangre,
con un ruido de llamas húmedas quemando el cielo,
sonando como sueños o ramas o lluvias,
o bocinas de puerto triste,
si tú soplaras en mi corazón, cerca del mar,
como un fantasma blanco,
al borde de la espuma,
en mitad del viento,
como un fantasma desencadenado,
a la orilla del mar, llorando.

Esa región de la costa que extiende su solitaria playa delante de puerto Saavedra y hacia el sur, esa playa que conozco mucho por haberla paseado largamente, con sus aguas tremendas, alcanzándose a la orilla, con su lejanía inmensa, dividida a la pérdida desde los cercanos cerros, posee y lleva temblores escondidos: se escucha una voz de mar enronquecido, una voz metálica y monótona que uno no se cansa de oír bajo una pesadumbre de cielo que cobija al alma, estirándola en un grito; el gemido opaco de las arenas negras, en tacto y silencio, surcadas a lo lejos por carretas indígenas de resignados mapuches; y el cielo inmóvil como un país sin vaivenes y estaciones que sólo anuncia la noche, cuando se viste de negro, con sus listas de pájaros que reparten la tristeza, y con el lúgubre lamento que sale del cielo y de la tierra,

En los días sin niebla y sin lluvia permanecida, que dura a veces todo el año, con intervalos pequeños, la noche sale al encuentro con su azul de soledad y sus crespones derretidos. Se siente densamente la soledad y las estrellas llamados de comunión, de solidaridad con el resto del mundo, Pero el corazón sigue en suspenso y a flote entre los elementos que dividen la noche, entre las aguas y el firmamento. A veces el cielo parece un océano volcado a las alturas y entonces sólo un grito de unidad recorre el paisaje. La muerte cabalga con su vestido de invierno exasperado, con su solitaria espera, donde el tiempo parece no correr bajo las grises y violáceas aguas, bajos los cielos de ceniza. He sentido la longitud del tiempo en una isla cercana a esas playas, hacia el interior, en las márgenes del lago Budi: el tiempo tanto se alarga para socorrer la tierra y acompañarla amigablemente en su sendero de existencia que da la sensación de no vivir en la tierra, donde se le abren las funciones vegetales, madurando incesantemente sus siembras y frutos tristes. La lluvia silencia el opaco rumor, el persistente y sordo gemido del tiempo, pero también con la costumbre se hace

interminable e intenso su alarido de duración que se destruye. Las cosas tienen garras colgadas al viento, al color, a los olores de las arenas de terciopelo, a los trajes mordidos y rotos por una humedad transparente, a los pasos que recorren su silencio y su grito.

El mar se abre de pronto, ofrece sus secretos de espuma, reveladores de sus fondos siniestros, almacenes de sus conchas, de sus piedras ocultas y compactas. Al día sigue la noche, y con todo, parece que dos noches se juntan apenas separadas por un breve atardecer de resignación. La noche clavada al mar con una fija paciencia de viuda inconsolable, la noche que ondula, palpitando de corrientes centrales bajo las escamas de las cosas en silencio y sombra, la noche que es el único habitante de esas cosas desertadas hacia la inmensidad de una tierra primigenia que recién nace al universo o que ya perdida y evolucionada, tocada y durada, se vacía al mar en un beso prolongado y en un soplo de lúgubres inquietudes, de su horror de fantasmas y terror vacío de muerto solo. La noche ondula sobre el movimiento del mar, en las arenas saltan y danzan los juegos del agua, en su misteriosa voluntad de correr tras de sí misma, reflejo del ansia humana de conseguir sus fuentes para mirarse y amarse, de esa multitud que bulle, de esas profundas aguas condenadas al planeta con su obscuridad de caverna que ven pasar los días y las noches con un sordo gemido a las distancias, con su musulímica indiferencia de sempiterno naufragio. Es una desgracia partida y repartida, a flor de labios sedientos en una boca atrozmente abierta a la fuerza para engullir al mundo:

Como ausencia extendida, como campana súbita,
el mar reparte el sonido del corazón,
lloviendo, atardeciendo, en una costa sola,
la noche cae sin duda,

y su lúgubre azul de estandarte en naufragio
se puebla de planetas de plata enronquecida.

Y suena el corazón como un caracol agrio,
llama ¡oh, mar!, ¡oh, lamento!, ¡oh, destruído espanto
esparcido en desgracias y olas desvencijadas!;
de lo sonoro el mar acusa
sus sombras recostadas, sus amapolas verdes.

Si existieras de pronto, en una costa lúgubre,
rodeada por el día muerto,
frente a una nueva noche,
llena de olas,
y soplaras en mi corazón de miedo frío,
soplaras en la sangre sola de mi corazón,
soplaras en su movimiento de paloma con llamas,
sonarían sus negras sílabas de sangre,
crecerían sus incesantes aguas rojas,
y sonaría, sonaría a sombras,
sonaría como la muerte,
llamaría como un tubo lleno de viento o llanto,
o una botella echando espanto a borbotones.

Así es, y los relámpagos cubrirían tus trenzas
y la lluvia entraría por tus ojos abiertos
a preparar el llanto que sordamente encierras,
y las alas negras del mar girarían en torno
de ti, con grandes garras, y graznidos y vuelos.

¿Quieres ser el fantasma que sople, solitario,
cerca del mar su estéril, triste instrumento?
Si solamente llamas,
su prolongado son, su maléfico pito,
su orden de olas heridas,

alguien vendría acaso,
alguien vendría,
desde las cimas de las islas, desde el fondo rojo
del mar,
alguien vendría, alguien vendría.

Alguien vendría, sopla con furia,
que suena como sirena de barco roto,
como lamento,
como un relincho en medio de la espuma y la
sangre,
como un agua feroz, mordiéndose y sonando.

En la estación marina,
su caracol de sombra circula como un grito,
los pájaros del mar lo desestiman y huyen,
sus listas de sonido, sus lúgubres barrotes
se levantan a orillas del océano solo.

Esta mutua y profunda correspondencia entre el paisaje y el artista, entre el Yo y el no-Yo, esta recreación del mundo externo en la vigorosa y poderosa realidad de una capacidad creadora en un universo interno idealizado, estilizado, sobre una vivencia intencional y madura, es la creación del genio, del espíritu por responder y dar a las sollicitaciones del exterior. Esta correspondencia introduce en el alma una marea de flujo y reflujo; la creación va y viene del objeto al sujeto y viceversa: hay unidad honda en la obra poética y más que todo se parece al amor, a la espiración. El temperamento chileno, cuando es profundo, es parco, es receptor y dador, es subjetivo, es personal y creador. El paisaje se entroniza destilando sangre, goteando penas. Es la tristeza del alma de Chile, de su soledad a lo largo de la tierra, seca en las arenas del norte y húmeda y lloviendo

interminablemente su tristeza y su llanto en los panoramas del sur. Es esta tristeza racial y psicológica, derrumbada a la vida, violentamente alegre para apaciguar el dolor en las fiestas populares, queda, resignada, atormentada, amadora de su obscura, de su silenciosa vida. «Porque el hombre ama su propia y obscura vida solamente», ha dicho Omar Cáceres, otro poeta chileno y muy chileno. Esta chilenidad la vierte íntegramente, en paisaje, en alma, Pablo Neruda. La lluvia, la lentitud, el descuido, la ausencia de apariencias, la indiferencia, el despertar continuamente a los seres, todo esto muy nuestro y muy propio, muy de adentro y muy de afuera, una inmensa correspondencia entre el alma y nuestro paisaje. La lentitud infatigable de la cordillera con sus valles repetidos, cambiando paulatinamente su longitud, sus ríos con sus quebradas, el sonido de pájaros, el verde triste de nuestra flora, de sus árboles, índices de cielo —tan típicamente nuestro— de sus casitas reclinadas en los caminos, de sus niños con sus juegos, de la tierra y del cielo. El descuido moreno y blanco de los elementos del paisaje solicitan el ansia y cristalizan los anhelos. Y esa quietud de espera, ese abrirse al futuro de nuestros campos con sus campesinos lentos, midiendo el tiempo a largos estadios, con la fructificación o las siembras, con su paciencia de bueyes. El campesino chileno sabe esperar y es admirable su paciencia. Al viajero debe llamarle la atención, especialmente cuando viene de ciudades populosas, el ver en las estaciones de los ferrocarriles a viejitas, a hombres y aun a niños, sabiamente esperando, sin aburrirse, sencillamente mirando y en el fondo meditando, sentados, sentados como si nunca hubieran de levantarse, silenciosamente, quedamente, al ritmo del paisaje lento y lento. El paisaje se ofrece con colores y sonidos de tristeza, es música nebulosa y recortada, que de ambos tiene, con los sapos, pájaros y sus árboles en espera, con sus colores verdemente intensos acercados a la tierra y a la

muerte. Sin experiencias, sin artificios se ha ido esculpiendo el carácter del habitante de Chile, carácter general de norte a sur de la República y que tanto llama la atención de nuestros hermanos. Ese descuido, ausencia de artificios y espontáneamente sinceros, con crudeza, franqueza realista y huída de roce social y urbanismo, con sus ventajas y defectos y también con su hondo sentido humano, primigenio y fraternal.

El despertar a las cosas es algo muy de nuestro Neruda, y a cada paso va realizando y plasmando un contenido como en una creación súbita de palomas en libertad. Nace así en una espontaneidad selvática, pero espontaneidad muy de adentro y muy vital, que hiende capas y aflora a la superficie con todos los elementos del cuerpo y del alma, de la infra y supra-realidad. Se crea un mundo interior, inmediato reflejo a su mundo psíquico y lejano, pero adecuada y participada respuesta al mundo externo existencial. La cordillera y el mar a sus pies, esta cárcel de paisaje en tierra, crea un sentido trágico de la vida, un deseo intenso e inherente de romper y trizar el espacio y el tiempo. De ahí un sentido vitalmente e inconscientemente metafísicos de nuestros grandes poetas y de los hombres que sienten hondamente. De ahí nuestro amor a la libertad y su sentido incrustado. En muchos factores descansa nuestra historia, pero todavía no se ha hecho ver todo aquello del paisaje y del clima que inspira nuestro carácter y nuestros acontecimientos. El hombre de Chile es pasional, quiéranlo o no algunos superficiales observadores de la realidad chilena. Es pasional y hondamente pasional, violento y fuerte en su sentimiento. Aquéllos que sólo ven la extroversión de la sensibilidad han llegado a juicios los más erróneos. Es introvertido y de una sensibilidad más profunda, que más tiende adentro que afuera. Es pasional por el indio y por el español, y ama con toda su alma la vida aunque poco le cuesta acostarse con la muerte. Sabe sufrir como

casi ningún otro pueblo sobre la tierra, sufre la miseria como una especie de pobreza y aun lamenta sonriendo sus harapos y sus piojos. La vida se le hizo triste... ¡qué importa!... la vida es un peregrino en la sombra.

* * *

Sigamos con la poesía de Neruda. El mar ocupa algo esencial en ella. Es la imagen de su Dios simbolizado concretamente. En torno al mar todo es triste y angustioso, rompe la continuidad divina de sus aguas, de su ser propio. El mar se ofrece al hombre de Chile en una plenitud geográfica inconmensurable y le ofrece así un reclinatorio o una tumba. La paciencia descansa en el mar, es un paisaje que uno nunca se cansa de contemplar. El hombre de Chile sabe mirar paisajes sin fatigarse. Al fin y al cabo, no es sino trasunto vertido en su alma hacia la sombra, la penumbra o la muerte.

Neruda pone en el mar su anhelo de Divinidad:

Sin gastarse las aguas, sin costumbre ni tiempo,
verde de cantidad, eficaces y frías.

Siempre el mar, con su inmensidad, diluye el tiempo y acoge al espacio. El horizonte junta a cielo y mar en un abrazo simbólico y profundo. El mar de Chile, el mar del sur, con sus colores verdes, tristes, grisáceos, seminocurnos, con ceniza en el alma, disuelve incesantemente, interminablemente los días y las noches, sus secretos, sus tesoros, sus fondos ocultos, sus siniestros envíos. Es un mar agitado, recorrido por un temblor de atmósfera, por una negra sangre en lista de playa, por pájaros lúgubres, por una soledad que todo lo envuelve como un grito o un alarido en la sombra.

La soledad es el clima psicológico del poeta chileno. Se vale tanto en cuanto es posible soportar la soledad, decía Nietzsche. Es que al soportarla uno afirma la independencia, que es el orgullo del ser. Rosales dice: «La soledad donde los hombres eternizan su límite», y es que allí no se entregan para lograrse, para completarse. La poesía de Neruda siempre es el grito de la soledad, del aspecto nocturnal del Yo y del mundo. «Me es soledad el mundo, solo, junto», decía Fray Jerónimo de San José: la soledad rinde al hombre, a la conciencia del hombre sus valores interiores, y le descubre su intimidad densamente sentida estando solo. Mientras más fuerte un espíritu más siente la soledad de su Yo, nada puede llenarla en las paredes del tiempo, nada... sino un gemido prolongado por un beso sin toque, sin tacto enemigo a a nuestra mano. Sin embargo, algo se ama en la soledad, es el amor propio de ceguera de la obscuridad de nuestro ser de límite. El hombre de Chile tiene frecuentemente amor a la soledad, el hombre del sur de Chile. Vive cada instante como si fuese el postrero, no por plenitud sino por vaciedad, y esta vivencia se hace patente en sus fiestas populares: se bebe, se escapa al tiempo, a la memoria, se busca siempre olvido, se quiere gozar en un momento todos los frutos de las pasiones, el abandono, el goce sensual, la despedida y la intimidad. Y se queda y termina como perros echados a morir, extenuados, agotados. Es un conato de abandono con ausencia de fatigas para conseguirlo. No se piensa en el mañana, en reanudar la vida que se agota y suicida lentamente, hay que «ponerle» a este momento —¡no importan los demás!— hay que vivir y respirar, hay que sumergirse, hay que esconderse. Hay mucho de fatalismo, de investigación directiva de la felicidad hacia la inconsciencia de un dejarse ir como los animales, con las cosas, con el tiempo.

En el silencio se escucha la voz de los elementos con su salvaje sinfonía y nos revela secretos maravillosos y nos ense-

ña sus lecciones que responden a nuestro grito interior. Siempre el mar como fondo, cuando no el firmamento, persigue a Neruda. Ese mar del sur, inmenso y tremendo, infinito para el poeta, sin gastarse nunca recibe la lluvia que crece sobre el mar.

EL SUR DEL OCEANO

De consumida sal y garganta en peligro
están hechas las rosas del océano solo,
el agua rota, sin embargo,
y pájaros temibles,
y no hay sino la noche acompañada
del día, y el día acompañado
de un refugio, de una
pezuña, del silencio.

En el silencio erece el viento
con su hoja única y su flor golpeada,
y la arena que sólo tiene tacto y silencio,
no es nada, es una sombra,
una pisada de caballo vago,
no es nada, sino una ola que el tiempo ha recibido,
porque todas las aguas van a los ojos fríos
del tiempo que debajo del océano mira.

Ya sus ojos han muerto de agua muerta y palomas,
y son dos agujeros de latitud amarga
por donde entran los peces de ensangrentados dientes
y las ballenas buscando esmeraldas,
y esqueletos de pálidos caballeros deshechos
por las lentas medusas y además
varias asociaciones de arrayán venenoso,
manos aisladas, flechas,

revólveres de escama,
interminablemente corren por sus mejillas
y devoran sus ojos de sal destituída.

Cuando la luna entrega sus naufragios,
sus cajones, sus muertos
cubiertos de amapolas masculinas,
cuando en el saco de la luna caen
los trajes sepultados en el mar,
con sus largos tormentos, sus barbas derribadas,
sus cabezas que el agua y el orgullo pidieron para siempre.
en la extensión se oyen caer rodillas
hacia el fondo del mar, traídas por la luna
en su saco de piedra gastado por las lágrimas
y por las mordeduras de pescados siniestros.

Es verdad, es la luna descendiendo
con crueles sacudidas de esponja es, sin embargo,
la luna tambaleando entre las madrigueras,
la luna carcomida por los gritos del agua,
los vientres de la luna, sus escamas
de acero despedido, y desde entonces
al final del océano desciende,
azul y azul, atravesada por azules,
ciegos azules de materia ciega,
arrastrando su cargamento corrompido,
buzos, maderas, dedos,
pescadora de la sangre, que en las cimas del mar
ha sido derramada por grandes desventuras.

Pero hablo desde una orilla, es allí donde azota
el mar con furia y las olas golpean
los muros de ceniza. ¿Qué es esto? ¿Es una sombra?
No es la sombra, es la arena de la triste república,

es un sistema de algas, hay alas, hay
un picotazo en el pecho del cielo:
¡oh, superficie herida por las olas!,
¡oh, manantial del mar!,
si la lluvia asegura tus secretos, sin el viento interminable
mata los pájaros, si solamente el cielo,
sólo quiero morder tus costas y morirme,
sólo quiero mirar la boca de las piedras,
por donde los secretos salen llenos de espuma.

Es una región sola; ya he hablado
de esa región tan sola,
donde la tierra está llena de océano,
y no hay nadie, sino unas huellas de caballo,
no hay nadie, sino el viento, no hay nadie,
sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.

* * *

El amor, que busca entrada definitiva en este mundo, pero en vano, va destilando sangre bajo los caminos del tiempo con la trágica aventura del existir, entre el ser y no-ser de las cosas y el hombre, resucitando y muriendo, desplomándose y creando, camina con la muerte a cuestas y el corazón inconmensurable al propio corazón, y sigue así el hombre en trágico destino, suspendido entre el cielo y la tierra.

Y bajo las aguas derrotadas, con su imperceptible caer de mares escondidos, hacia la tierra de entrega, se encuentra, simbólicamente, el hombre cayendo hacia las cosas con el corazón destrozado y en agonía. Es este paisaje del sur que me ha impresionado como un sueño, como una despedida a las cosas, a los objetos, a los árboles, a lo que miro y escucho, con vestiduras en gerundio caminando. He sentido así la bre-

vedad de la vida, la vanidad del tiempo que pasa con su opaco rumor, y el delicado toque que enciende y enamora. Y como un sueño veo pasar los viajeros en su peregrinaje doloroso y perforante, con su milagro trizado en copos, con su rocío invernal, invernando en otro invierno más hondo y más humano.